

MARTIRIO

-Hola a todos los bienvenidos del pueblo. Os gustaría decir un poema

-A mí sí, a mí sí... Todos dijeron que sí y yo les dije el mío...

Pequeños párrafos inventado por Martina, mi nieta de 6 años para empezar este cuento...

Dicen las malas lenguas de la familia que es lista como su abuelo, de pelo rizado como su madre y bella como su bisabuela materna, o sea, mi santa madre.

Pensábamos que escribir unas líneas nos daría placer. Leíamos cada noche, yo por mi temprano Alzheimer y ella por su satisfacción personal de memorizar los índices de cada atlas de anatomía de la enciclopedia que teníamos en casa, volúmenes de mi gran padre; médico de una de las zonas más remotas de las Alpujarras.

La capacidad de memorizar el origen, inserción y movimiento de cada músculo nos hacía tener una visión especialmente muy nuestra del cuerpo humano para interpretar nuevo tejidos inverosímiles como el triceratops; músculo que iba del trapecio al glúteo derecho, aunque yo ni sé, eso del trapecio donde anda enroscado en el cuerpo, pero calculo que debía ser un cacho grande y resistente para mantenernos tiesos al caminar.

Martirio-mal nombre de mi nieta lectora- cuando la quiero hacer enfadar ipso facto le comento el calvario del embarazo entre vómitos y lo que me destornilla más es relatarle los dolores del parto de su madre Antonia, Angustias, Mar... Se

me perdió su nombre por el camino y poco me esta importando ya los nombres y apellidos.

Hace 12 años que me pusieron la etiqueta médica de esta mierda de enfermedad de viejos ya que todavía no conocía a ninguna jubilada diagnosticada. Pensaba que las mujeres, de tanto darle al sufrimiento, llegábamos a ser inmunes en algún momento de nuestra senectud.

Siempre pensé que con la actividad cerebral que rondamos las mujeres en la España progresista de los años 80 quedaríamos exentas por la inmunidad de las actividades de la vida diaria tales como: compra de todo y para todos, salto de pértiga, educación, reflexión y organización de mis dos hijas y posteriormente de mi única nieta. Indagar qué era una copa venus menstrual venida de París casi de estraperlo por mi vecina del 2º H que era de Salbris, que creo que es un pueblito ciudad al sur de París. Las acciones en bolsa o más bien dicho los primeros grandes hipermercados y sus bolsas. Los impuestos pagados añadiendo los impagos familiares: desde el recibo del seguro de la Vespino de Mariano, padre de mis dos hijas, muerto en acto de servicio a la salida de un bar ahogado por el nivel de alcohol... (esos recuerdos sí que sería interesante borrarlos desde la tristeza melancólica del recuerdo), a los males de amores de todos mis sobrinos con vecinas de la barriada venidas a menos con los años. Un suspiro de respiraciones entrecortadas para toda una vida. La MÍA.

No podía parar de pensar que eso no podía desaparecer nunca y mira que al final fue que Sí... Pero ¿pasarme a mí? Era algo más que utilizar el término inconcebible o más bien inconfundible. Todo ha ido desde olvidarme la bolsa del

super en la tienda, hasta dejarme a mí mismamente desorientada en la tienda sin saber qué hacer...

Dicen que lo último que se olvida es la grafía de los libros leídos y yo ni sé donde van las ges y jotas desde hace unos meses. En breve me reconoce la idiota de la terapeuta, Mnémesis, (me gusta llamarla así para mis adentros), que no será capaz de coordinar palabras y frases. Hay lenguas que más que viperinas las definiría como ensalzadoras de la tristeza focalizadora de camino hacia la muerte.

Llevo dos años con mis pequeños olvidos degenerativos y ahora pensando en eso de terminar la vida como una demente, de hacerme viejita, de ser una carga, de odiarme a la larga o de ser odiada en la proximidad por mis pocos recursos de vieja roja limpiacasas.

Hay días en los que pienso buscar estrategias para remontar el olvido y darle una patada en su gordo trasero. Reviso los álbumes de fotos familiares los viernes por eso de darme una alegría por la proximidad del fin de semana pero sobre todo por la proximidad del vermut de los sábados en la plaza del mercado. Los jueves hago la compra y tomo un café con Lourdes (otra vieja con menos locura y tal vez más sesera... Será por eso que no pierde tanto aceite como yo...). Los lunes y miércoles voy al cole como dice mi Martirio, para no perder las letras; los lunes son para disfrutar de la poesía nacional y los miércoles se convierten en un miniclub de lectura, sobre todo novela negra de la gran escritora Agatha Christie, sobre todo porque es la única que hay a raudales en la estantería en el club de la tercera edad donde por ahora rondamos las 5 o 6 mujeres de buen ver del centro de día apostando el sobrecillo de azúcar sobre

quién de nosotras será la primera baja del club y pensar en las pocas ganas de pisar el podium

No me pidas que pautas hago los martes porque eso es parte de mi proceso degenerativo tan bien encapsulado. Alguno cojo el tren hasta la orillita del mar, otros tomo unas cervecitas... Pero mis martes al sol son sagrados llegando a conseguir esa efímera intimidad dentro de la tumultuosa búsqueda del silencio. Esos murmullos que rozan la profundidad de las emociones de las historias circundantes y pensamientos de mi vida.

Longeva, longeva, no sé yo....Tengo 67 años, me puedo definir como algo estropeadilla, que si colesterol LDL, que si la tensión alta, que si una cadera por operar... Iros todos un poco a la mierda, como tan gentilmente nos recordara dejar Ceta el resto de mis días. Adoro los martes ya que es mi mejor momento de la semana. Solita conmigo misma, con esos placeres que me produce el simple silencio y el ver pasar de la gente en una parada de autobús y los salientes y entrantes de gente acelerada en busca del placer mundano del trabajo.

Yo trabajaba... en la limpieza de una casa de ricos, de muy ricos, extrarricos como las galletas de miel que hacia mi abuela. Gente noble al fin y al cabo pero nunca mi gente. Me encargué junto con mi Lola, para arriba y abajo (madre de mi Martirio) de que los retoños de la casa no hicieran más que los justos desastres de entrar tierra a la casa y que no se dejaran las rodillas sobre la gravilla de la entrada del portón en mi presencia como mujer para todo. El que ahora lleva una de las sucursales más gordas del BBVA, Don Emilio, era un cagón hasta que poco a poco fue rozando la adolescencia y sus rasgos emocionales acabaron en derramarse en algo agrio y ácido según el día y el

humor del resto de los Herráiz. El señorito que era mi consentido, con dos años menos que mi Lola, se dedicaba a irle detrás como una ardilla en busca de bellotas. Era una temporada agradable donde se solía reír en ese cortijo. En general, no hubo mucho accidente mortal ni moral a recordar.

Trabaje la solana de 29 años con ellos, los patriarcas creo que se fueron al hoyo hace unos años porque la verdad es que desde hace 5 años ya no me llega ninguna felicitación navideña y rácanos sí que lo eran pero puntuales en las felicitaciones navideñas también.

Porque eso de los ascendentes catalanes de la familia Herráiz marca mucho, para qué mentir por tanto lo del aguinaldo, turrone y demás menesteres iban a parar a casa de la Lucrecia que era mi prima. Se debió morir por las fechas de los señores porque tampoco sé de ella hace ya unos años, pero con esto de la enajenación mental me salvo y de momento cuela -era una vieja insufrible que nadie ni a nadie toleraba en la familia-.

Y ahora con los años veo desde fuera como me voy haciendo chocha porque hace unos días -tal vez meses-, entré a piñón fijo en el supermercado y tuve que salir varias veces para recordar qué tenía que comprar, si era sal, carne, tomates... vete tú a saber. Con el tiempo la cosa se ha ido complicando y hace nada o mucho fue más difícil todavía, señores y señoras... Entre y me asusté como si no hubiera un mañana, no sabía cómo había llegado allí ni qué tenía que hacer ahí dentro, ni siquiera para qué era ese sitio con objetos indeterminados en las estanterías. Una cajera -eso sí que lo recordaba, la función que tenía esa mujer, la de dejar la enmienda del trueque al lado del capitalismo-, me llamaba por Antonia a gritos mientras empecé a trotar por los

pasillos como una avestruz agitando las plumas, aunque en mi caso alzando los brazos porque alas no tengo todavía, llegando a tirar todo lo que había a mi alrededor –prefiero pensar que todas nos lo estábamos pasando bien-. La otra cajera me agarraba del brazo como si fuese una delincuente juvenil. Dios mediante me dio por partirlas la cara a guantazo limpio porque una dama, aunque de baja cuna, no tiene la obligación de aguantar estos zarandeos y menos sin la presencia de su abogado (al menos de oficio).

Fue duro el sentir unas correas en mi cuerpo mientras me subían a la ambulancia. - o no he hecho nada putos canallas. ¡Soltadme, soltadme!-, por mucho que gritase sabía que no iban a buen puerto mis plegarias. Oír una sirena tumbada en una camilla sin poder moverme, ni para secarme los mocos, se me hizo extraño; veía desde el rabillo del ojo que cargaban botellas de cristal del revés e intentaban pincharme en cada brazo en busca de yo qué sé... las botellas no eran rojas por tanto no era para añadirme más.

Al venir mis dos cachorras al hospital la cosa se complicó... ten hijas que te sacarán los ojos. Que si ha perdido los sesos, que esto de perder la cabeza le ha hecho perder el alma, que qué hacemos con mamá... Por mucho que no tenga casi sesera el oído todavía no lo he perdido y la verdad es que jode que te den por muerta estando vivita y coleando, imagino que son cosas de hacerse vieja, apagarse, iluminarse en otro sitio, no reconocer, miedos...

Pensar en la muerte a días me aliviaba pensando en no ser una carga, pero si jugamos a no ser hipócritas era más que nada para saber qué había detrás de esa barrera impenetrable. Martina, que es una bruja como su tía Mar (o su tía era Lola... ya no soy capaz de recordar quién es quién a veces y son esos

momentos ácidos de angustia, donde todos me miran con cara de pena, rabia o dolor... nunca alegría para quitarle hierro al asunto), me dijo a los 4 años que lo único que había era tranquilidad y paz tras pasar la luz lila y naranja... Como no podía ser más plácida la muerte contada así.

-¿Cómo puedo matarme siendo consciente de que me mato de verdad? -Es mi eterna pregunta del pasado presente de estos los que son mis días. Lo primero que me da por pensar entre episodios de olvido es por qué quiero morir. Lo de la carga, lo de los olvidos y lo de las penas lo tengo más que asimilado en los momentos de lucidez y en el decadente suspiro de los recuerdos, sobre todo en las charlas de la terapeuta. Esa que me hacía jugar a palabras encadenadas con el resto de viejales (primero ellos que son más en calidad de perturbados) y pintar putas mandalas cuando en realidad lo único que me apetecía era un sorbo de un cortado con mucha espuma, y treinta años después para que negarlo un buen Ducados –eso del tabaco dicen que es un hábito que te lo llevas a la tumba y cada vez estoy más convencida-.

Sigo con eso de la muerte y ya no sé si es por menospreciar el habitar en una caja de madera barata el resto de mi infinito o simplemente eso de estar bajo tierra, no sé no sé... creo que no será mi fuerte.

Intento poner mi cabeza en una maceta y llenarla de tierra para notar las primeras sensaciones de palada va, palada viene, pero creo que no debe ser muy cómodo eso de no poder respirar aunque la verdad es que, una vez muerta, ni para gusanos tengo yo pinta de servir.

Rebusco en mis bolsillos, tengo unas cosas de metal con forma redondeada en una bolsita roja con un cierre oxidado... ¿para qué deben ser estas piezas que

están en mi bolsillo ahora mismo... quién las ha puesto?. Piensa, piensa... ¿qué debe ser eso de pensar?... Lola me aclara que se llaman monedas y es dinero, que con eso si lo das te dan comida o lo que quieras. -¿Lo que quiera?- vocifero para mis adentros.

-¡Una de berberechos, gambas poco hechas, una de bravas y unas bragas nuevas! Eso es lo que quiero muchacha- y venga a reír las dos como unas cabritas locas de monte. Venga a reír y reír hasta que me meo entera. Se vuelve a hacer el silencio. Pienso que debe ser duro para ella. Vuelvo a pensar en meter la cabeza dentro de la maceta pero esta vez con algún tipo de material que no me deje sacarla ni respirar para evitar estas cosas luego.

La chica del pelo corto que lleva a esa enana de la mano me mira y me habla desde los pies de mi cama. No consigo recordar ni quién soy, ni cómo me llamo; mira que lo pienso durante los segundos que pasamos en silencio. Me gustaría llamarme Amapola, es un nombre de flor, así tal vez consiga recordarlo el resto de días que me quedan de vida. Desgraciadamente o no, solo me viene a la cabeza el color verde de un vestido de flores de una fiesta de esas donde alguien de la familia se graduó. En realidad es el color del vestido que llevé durante la graduación de Mar en su doctorado o como se llame de cocina mexicana probiótica, está puesto en la tercera percha del armario empezando por la derecha, al lado del blanco y del de la toquilla, los bajos no están muy bien planchados pero de todas formas sabía que no me lo iba a poner más.

La niña esa enana, me coge la mano, no me atrevo a retirársela. Tiene unos ojos grandes, como limpios.

-No te asustes abuela que soy tu Martirio- me dice riendo. A mí que por Martirio no me viene nada... Vaya nombre más feo, no les diré nada ahora pero, vaya ganas de ponerle ese mote a la susodicha. A mí me gusta Martina por eso del Mar y la fuerza brava de las olas. No creo que les hubiese costado tanto ponerle un nombre un poco más "normal", pero bueno, si ella se ríe debe ser porque le gusta. No lo creo pero de buen pan buenas migas se sacan y no me parece tan mala moza. Lleva un libro debajo del brazo y se sienta y empieza a leer "Momo" en la cabecera (las letras no las he perdido), me habla de una tortuga llamada Casiopea (aquí ya hemos perdido todos aceite, que a una tortuga se le ponga nombre es como de gilipollas... que alguien me saque el anisete, que en vez de loca yo creo que lo que pretenden es que me muera de un infarto de la risa).

Casiopea, la niña del pelo corto (cómo se llamaba la niña.... para una que me cae en gracia) y el otro zagal salen de mi habitación. Me han hecho beber un vaso de agua. La sargento me ha querido meter una pastilla en la boca y casi me llevo su dedo y la pastilla.

Que empeño les ha entrado en que me tome esas fundillas de plástico todo el día. Rosas, blancas, alargadas, redondas, azules (Mi Paco -¿Se llamaba así?-, que de ese sí me acuerdo, se tomaba una azul los jueves cuando las niñas se quedaban en casa de la vecina de arriba y no te imaginas qué festín nos pegábamos, debía ser droga de esa que venden en los malos barrios del señor, pero siendo francas, qué lujo y qué poderío toda la noche como dos niños correteando por la casa. Había días que acabábamos en el suelo -creo que esto no es una confabulación porque lo recuerdo como si fuese ayer, cómo me cogía del culo y empezaba todo la mayoría de veces en la magnánima cocina-. No

vayan a pensarse que una es floja de cascos pero es que mi Paco era mucho Paco, y de éste espero no olvidarme el nombre el resto de mis días...

Y eso que esperando la muerte me puede venir encima de golpe porque joder, qué largos se me hacen los momentos de estar viva. Sigo tumbada en la cama oyendo Radio María, parece que tengo la habitación llena de beatas rezando... y no sé a ver si me han trasladado ya a la iglesia porque estoy muerta... Vete tú a saber, yo creo que todavía respiro, así que me lo tomo con calma no vaya ser que este pidiendo pista sin darme cuenta.

Veo el blíster de las pastillas azules, pienso en Paco unos segundos. Veo como se levanta de la cama y se sienta a mi lado. Me mira con esa cara de pícaro de cocina vieja que no sé si me estoy meando o yo que sé... Me va metiendo una a una en la boca, tienen el sabor de los caramelitos de violetas de toda la vida, de esos que se vendían antiguamente en cajas metálicas mediochicas que luego servían para guardar los botones y los hilos de la casa.

-Paco, que me vas a poner como una cabra... y ya sabes que lo mío son los fogones-. Le echo una mirada picarona y esta vez sí que nos reímos y más viendo lo gordo que se ha puesto estos últimos años, mover el culo de esa forma bailando El Chiringuito no tiene precio.

Creo que es hora de morir o irme a vivir a otro sitio por esto de ir viendo gente a la que ni conozco en mi habitación, las cuales murmuran a escondidas en cada movimiento. Mi Paco que no para de moverse de lado a lado mientras va con esos gayumbos cosidos a punto del revés porque ya no había tela donde pillarlos ni zurcirlos –yo que siempre pensé que él sí sería el primero-, y junto con esa luz blanca del techo –no la recordaba tan mate ni tan blanca-. Creo que todo este

circo forman la clave que me hacen buscar precipitadamente la huida de este juego ya tal vez macabro para mi fino gusto de perlas y diamantes.

No es por ser deslenguada, Dios me crucifique si lo he sido en algún momento de mi vida pero yo es que con el cura no puedo, con ese de sotana sí que no comulgo, tantos años para que me casase y las bautizase que ni se le ocurra darme la extremaunción que si no de esta sí que la lío parda y nos vamos todos para alante con o sin ayuda del cielo.